



LITERRARIA

SIGRID UNDSET

Premio Nobel de Literatura

CRISTINA,
HIJA DE LAVRANS

Vol. II *La mujer*



Sigrid Undset



Cristina,
hija de Lavrans

Vol. II: La mujer

Traducción de Rosa S. de Naveira



Título en idioma original: *Kristin Lavransdatter*

© Ediciones Encuentro, S.A., Madrid 1997, 2025

Traducción de Rosa S. de Naveira

Revisión de Catalina Roa

Edición al cuidado de Harrys Salswach

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Anzos-Madrid

ISBN: 978-84-1339-232-5

Depósito Legal: M-9485-2025

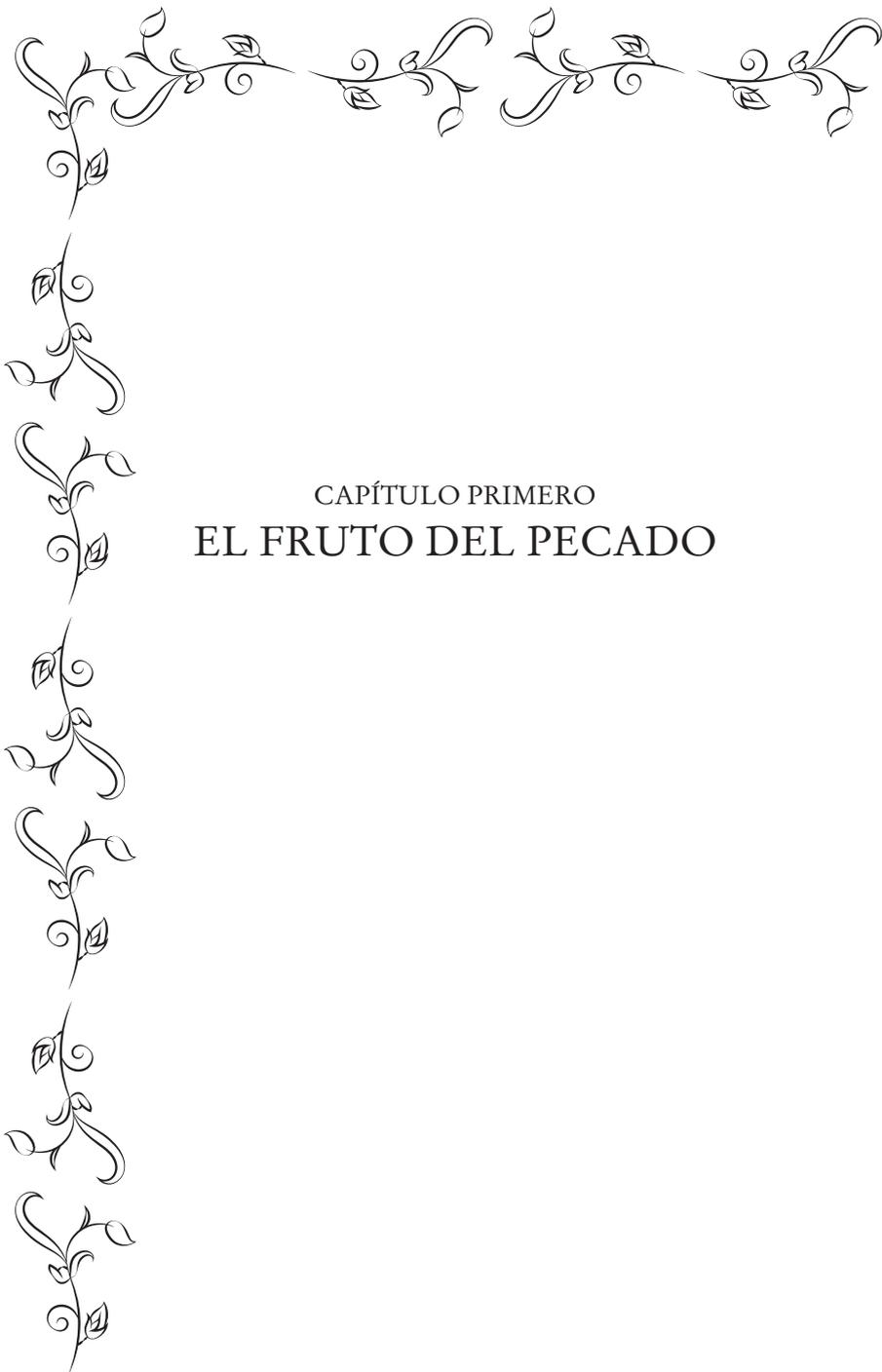
Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, Bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com - info@edicionesencuentro.com



CAPÍTULO PRIMERO
EL FRUTO DEL PECADO



Al atardecer de la víspera de San Simón, la barca de Baard Peterssoen había anclado en el banco de arena de Birgsi. El abate Olav de Nidarholm fue en persona a caballo hasta la playa para saludar a su pariente Erlend Nikulaussoen y dar la bienvenida a su joven esposa. Los recién casados iban a ser sus invitados y a pasar la noche en Vigg.

Erlend ayudó a desembarcar a la desventurada joven, que mostraba una palidez mortal. El abate bromeó sobre las penalidades de los viajes por mar; Erlend, riendo, dijo que su mujer estaba deseando acostarse en una cama sólidamente empotrada en la pared de una casa. Cristina intentó sonreír, pero pensaba que en su vida volvería a bordo de un barco. Bastaba que Erlend se le acercara para que volviera a sentir mareo, tan impregnado estaba del olor del barco y del mar; sus cabellos habían quedado pegajosos y cargados de agua salada. Durante toda la travesía estuvo loco de alegría, y Micer Baard llevó el timón; en Moere, donde había sido criado, los muchachos se ejercitaban de la mañana a la noche en remar y navegar a vela. Claro que lo mismo Erlend que Micer Baard la habían compadecido un poco, pero no tanto como su triste estado merecía, iba diciéndose Cristina. Se obstinaron en asegurar que el mareo desaparecería cuando se acostumbrara al barco. No obstante, había estado enferma hasta el final.

Durante la mañana siguiente, al cabalgar a través de las aldeas, le parecía que seguía navegando. No hacían más que subir y bajar y cuando intentaba mirar a lo lejos, era como si todo el país cabeceara, levantándose en oleadas hacia el cielo despejado de un blanco azulado, de aquella mañana invernal.

Toda una comitiva de amigos y vecinos de Erlend había ido a Vigg aquella mañana para acompañar, igual que una gran escolta, a los recién casados a su casa. El suelo resonaba bajo los cascos de los caballos porque la tierra helada era dura como el hierro. Una neblina envolvía gente y caballos; y se veía escarcha sobre los cuerpos de los animales, así como sobre las pieles y las cabelleras de los hombres.

Erlend parecía tener el cabello tan blanco como el abate. El alcohol que había bebido por la mañana y la mordedura del frío le encendían el rostro. Lucía las mismas ropas que el día de su boda; era joven, alegre y brillante; y la felicidad y la malicia vibraban en su hermosa voz mientras interpelaba a sus invitados y reía con ellos.

El corazón de Cristina se puso a latir de un modo raro..., de preocupación, de ternura y de angustia. Aún estaba mareada del viaje; al comer o beber sentía ardores en el pecho; el frío la atormentaba cruelmente y en el fondo de su alma sentía cierta sorda y muda irritación contra Erlend, tan despreocupado. No obstante, viendo con qué confiado orgullo y radiante felicidad la llevaba a su casa como esposa, le embargaba un amargo remordimiento, aunque en su corazón experimentaba hacia él una dolorosa compasión. Lamentaba ahora haberse obstinado en no confesar a Erlend su situación cuando estuvo en casa de sus padres en verano; la fiesta de la boda, demasiado fastuosa, había sido inconveniente. Pero en realidad estaba satisfecha, ya que él hubiera podido darse cuenta de que su conducta les costaría humillaciones que no podría evitar.

También había tenido miedo a su padre. Pensó que una vez hubiera terminado todo se irían muy lejos; sin duda, tardarían mucho en volver a su aldea natal..., por lo menos, no antes de que los chismorreos se hubieran acallado.

Ahora, sólo ahora, comprendía que esto iba de mal en peor. Erlend había hablado del gran festín de regreso que pensaba dar en Husaby, pero Cristina no había imaginado que pudiera ser una nueva fiesta nupcial. Además, los invitados de aquí —entre los que Erlend y ella vivirían— cuya estima y amistad debían ganar, durante todos aquellos años habían sido testigos de las locuras y desgracias de Erlend. Ahora, él mismo pensaba que se había rehabilitado a sus ojos y que iba a ocupar entre ellos, sus iguales, el puesto que por nacimiento y fortuna le correspondía. Sin duda, sería motivo de risa en las aldeas circundantes cuando se descubriera que en su boda era también culpable.

El abate se dirigió a Cristina y le dijo:

—¡Qué sería estás, Cristina Lavransdatter! ¿Dura aún el mareo? ¿O es tal vez el recuerdo de vuestra madre?

—Sí, Micer —contestó con dulzura—, sí. Pensaba en mi madre.

Habían llegado a Skaun. Subieron la cuesta. Debajo de ellos, en el fondo del valle, se extendía el bosque de árboles de hoja caduca, completamente blanco bajo el manto de escarcha resplandeciente al sol, un pequeño lago azul lanzaba sus destellos un poco más lejos. Salieron de un bosquecillo de abetos. Erlend, al tiempo que hacía un ademán, anunció con voz cálida:

—¡Esto es Husaby, Cristina! Que Dios te conceda muchos días felices aquí, querida esposa.

Ante ellos se extendían inmensos campos, blancos de escarcha. La granja se alzaba sobre una amplia terraza en mitad de la vertiente; muy cerca había una pequeña iglesia de piedra clara contra la que se agrupaban los pabellones, numerosos y grandes; por encima de los ventanillos de humo flotaba una neblina. Las campanas de la capilla fueron lanzadas al vuelo y la gente salió de la granja gritando saludos de bienvenida. Los jóvenes del cortejo nupcial entrechocaron sus armas y con gran estruendo, en alegre tumulto, la comitiva se dirigió hacia la granja del recién casado.

Se detuvieron ante la capilla; Erlend bajó de la silla a su joven esposa y la acompañó hasta la puerta donde un grupo de sacerdotes y acólitos les recibió. Dentro, el frío era penetrante; la luz del día entraba en la nave por pequeñas ventanas de medio punto, haciendo palidecer, en el coro, el resplandor de los cirios.

Cristina se sintió abandonada y asustada cuando Erlend le soltó la mano y se pasó al lado de los hombres, mientras que ella se mezclaba con el grupo de mujeres desconocidas, vestidas de fiesta. La ceremonia fue muy hermosa, pero Cristina tenía frío y le parecía que sus plegarias volvían a ella cuando intentaba elevarlas al cielo para aliviar así de algún modo su corazón. Tal vez no era de buen augurio que ese día fuera el de san Simón, patrón del hombre con el que se había comportado mal.

Desde la iglesia el cortejo se dirigió a la granja, los sacerdotes delante, luego Cristina y Erlend dándose la mano; después venían los invitados, de dos en dos. Cristina no pudo recobrar lo bastante para ver gran cosa de la granja. El patio era largo y estrecho; los pabellones estaban dispuestos en dos filas al norte y al sur. Eran numerosos, muy cerca unos de otros, pero parecían viejos y destartalados.

El cortejo se detuvo ante la puerta de la gran sala, y los sacerdotes la rociaron con agua bendita. Erlend entonces condujo a Cristina a través de una oscura antesala. A su derecha se abrió una puerta sobre una habitación resplandeciente de luces. Bajó la cabeza al pasar bajo el marco de la puerta y se encontró con Erlend en el estrado de su casa.

Era la mayor sala que había visto. En el suelo, en el centro de la estancia, había un hogar tan largo que ardía fuego en ambos extremos. Las proporciones de la sala eran tan vastas que las vigas transversales se apoyaban sobre pilares esculpidos. A Cristina se le antojó más parecida a una nave de iglesia o a un salón real que a la sala grande de una granja.

Empotradas en la pared del este, entre los pilares, las camas cerradas dominaban el banco en medio del cual se levantaba el puesto de honor.

Toda la sala estaba llena de luces: sobre las mesas que se doblaban bajo el peso de vasos y platos preciosos, y en argollas fijas en las paredes. Según la moda de entonces, armas y escudos se veían colgados entre los tapices. Detrás del puesto de honor y sobre el muro tapizado de terciopelo, un hombre estaba colgando la espada incrustada en oro de Erlend y su escudo blanco con un león rojo en actitud de saltar.

Criados y criadas habían despojado a los invitados de sus mantos y abrigos. Erlend tomó a su mujer de la mano y la condujo hacia el fuego; los invitados formaban un semicírculo detrás de ellos. Una mujer gruesa de dulce rostro se adelantó y desató el pañuelo de cabeza de Cristina, que se había arrugado algo bajo el abrigo. Mientras volvía a su puesto, hizo una inclinación sonriente a los dos jóvenes; Erlend se la devolvió, sonriendo también y mirando a su mujer. ¡Qué hermosa era! Y Cristina volvía a sentir que su corazón desfallecía..., sentía compasión por su esposo. Sabía lo que pensaba ahora, al verla allí, en su casa, con su largo velo blanco de dueña del lugar destacando sobre su traje de boda escarlata. Por la mañana había tenido que apretarse fuertemente la cintura y el vientre con una faja de tela para que el traje le estuviera bien, y se había teñido las mejillas con un color rojo que Dama Aashild le había dado. Haciendo acopio de valor se había dicho que tal vez Erlend se fijaba poco en ella, ahora que ya era suya, puesto que aún no se había dado cuenta. Y volvió a lamentar amargamente no haberle dicho nada.

Mientras las parejas esperaban cogidas de la mano, los sacerdotes daban la vuelta a la sala bendiciendo el hogar, la casa, la cama y la mesa. Luego una sirvienta entregó a Erlend las llaves de la casa; él colgó el pesado manojito de la cintura de Cristina y al verle parecía como si quisiera también besarla. Un hombre trajo un gran cuerno ceñido por argollas de oro. Erlend se lo llevó a los labios y bebió a la salud de Cristina:

— ¡Salud y felicidad en tu granja, mujer!

Y entre las aclamaciones y las risas de los invitados ella bebió con su marido; luego tiró el resto del vino al fuego del hogar.

Los trovadores empezaron entonces a tocar. Erlend Nikulaussoen condujo a su esposa al puesto de honor y los demás se sentaron a la mesa.

Al tercer día los invitados empezaron a retirarse y al quinto se fueron los últimos a las tres de la tarde. Entonces Cristina se quedó sola con su marido en Husaby.

Ante todo, rogó a la servidumbre que deshiciera la cama, lavara la ropa en una colada de ceniza, así como las paredes que rodeaban la cama, y que se llevara la paja y la quemara. Se colocó después paja fresca y se preparó la cama con lo que ella había traído a la granja. Este trabajo se prolongó hasta bien entrada la noche. Pero Cristina pidió que se hiciera lo mismo en todas las camas de la granja y que desinfectaran todas las pieles..., las criadas debían empezar al día siguiente, y hacer lo posible para terminar antes de la próxima fiesta. Erlend rio, meneando la cabeza:

—¡Qué mujer!

Pero al mismo tiempo se sentía avergonzado.

Cristina había dormido poco la primera noche, aunque los sacerdotes hubieran bendecido su cama. Estaba llena de almohadones de seda estampada, sábanas de lino, tapices y pieles maravillosas, pero la paja estaba mohosa y sucia, y había piojos en las mantas y en la magnífica piel de oso negro que la cubría.

En el transcurso de aquellos días había observado mil y una cosas. Bajo los preciosos tapices que revestían las paredes, la grasa y el hollín cubrían los troncos de árboles, que tampoco habían sido lavados. Para la fiesta se habían preparado infinidad de alimentos, pero la mayoría estaban estropeados o mal condimentados. Se había empleado para el fuego madera verde y húmeda que daba poco calor y en cambio llenaba la sala de humo.

Por todas partes encontró huellas de abandono cuando, al segundo día, dio la vuelta a la granja acompañada de Erlend. Las despensas de provisiones quedarían vacías al día siguiente de la fiesta; los depósitos de harina estaban casi exhaustos. No llegaba a imaginar cómo pensaba Erlend dar de comer a todos los

caballos y al ganado con tan poco heno y paja; apenas quedaba suficiente follaje para los corderos.

Sin embargo, uno de los graneros estaba a medio llenar de lino que no se había utilizado; debía de ser la mayor parte de la cosecha de varios años. Una bodega estaba repleta de lana vieja, sin lavar y apestosa, parte guardada en sacas y parte desparramada por el suelo. Cuando Cristina recogió un puñado, la vio llena de pequeños huevos oscuros de polilla y alimañas.

El ganado era ruin, flaco, enfermo, lleno de heridas. Jamás había visto reunidos tantos animales viejos. Tan sólo los caballos eran hermosos y estaban bien cuidados. Pero ninguno podía compararse a Guldsvain o a Ringdrotten, el semental de su padre. Sloengvanbauge, el que le había regalado al marcharse, era el caballo más hermoso de toda la cuadra de Husaby. Cuando llegó a su lado no pudo evitar cogérsele al cuello y acercar su rostro a la mejilla del animal. Y aquellos Trondjemeses de calidad examinaban a Sloengvanbauge, elogiando sus fuertes y robustas patas, su amplio pecho y su cuello alargado, su cabeza pequeña y sus anchos flancos. Grimsar, el viejo aldeano, juraba por Dios y por el diablo que era una lástima haber castrado aquel animal que hubiera podido servir también para caballo de batalla. Entonces Cristina habló un poco del padre de Sloengvanbauge, Ringdrotten. Mucho mayor y más fuerte, no había semental capaz de ganarle; su padre lo había enfrentado con los caballos más reputados, incluso con los de Sogn. Si Lavrans les había puesto aquellos nombres raros como eran Ringdrotten y Sloengvanbauge, era porque uno tenía el pelaje dorado como el oro amarillo, y el otro lo tenía ensortijado con anillos como de oro rojizo. La madre de Ringdrotten había abandonado el rebaño de yeguas en el transcurso de un verano, en las cimas de Raanekampene, y se creyó que algún oso la habría devorado; pero hacia el final del otoño regresó a la granja. Y el potro que había nacido al año siguiente no era, desde luego, hijo de ningún semental perteneciente a la granja. Habían pues, ahumado al potrillo con azufre y pan y Lavrans había regalado la yegua a la

iglesia para mayor seguridad. Pero el potro se comportó tan bien que Lavrans, según dijo, hubiera preferido perder antes la mitad de su granja que a Ringdrotten.

Erlend sonrió y dijo:

— Generalmente eres parca de palabras, Cristina, pero cuando hablas de tu padre te vuelves elocuente.

Cristina calló bruscamente; recordaba el rostro de su padre cuando la ayudó a montar en el momento en que se fue a caballo con Erlend. Aparentó alegría porque estaban rodeados de mucha gente, pero había visto sus ojos. Le había acariciado el brazo de arriba abajo estrechando su mano en señal de adiós. Entonces se sintió feliz marchándose, pero ahora estaba segura de que mientras viviera, su corazón sangraría por el recuerdo de los ojos de su padre en aquel instante.

Inmediatamente, Cristina Lavransdatter se puso a dirigir y ordenar su casa. Se levantaba todas las mañanas con el alba, aunque Erlend protestara y simulara querer retenerla por la fuerza en la cama; nadie esperaba que una recién casada se afanara de pabellón en pabellón hasta bien entrado el día.

Habiéndose dado cuenta de todo lo que iba mal y de todo lo que tendría que enderezar, se le apareció la verdad limpia y cruda; había cargado con el enorme peso de su culpa para venir aquí y debía aceptarlo resignada; además, era pecado malgastar los dones de Dios como se había hecho allí. Era una vergüenza para los que habían dirigido la granja hasta entonces y para todos los que habían permitido que se despreciara así el patrimonio de Erlend. En los últimos años no había habido ningún jefe realmente capaz en Husaby; el propio Erlend solía estar ausente con frecuencia; tampoco tenía disposición para administrar la granja. Por ello, los colonos de las aldeas lejanas le engañaban, como pudo ver Cristina, y los criados de Husaby trabajaban mal y en completa indisciplina. No le resultó fácil volver a restablecer el orden en todo ello.

Habló un día de esto con Ulf Haldorssoen, criado personal de Erlend. El trigo hubiera debido estar trillado antes de que empezara la matanza. Ulf contestó:

—Bien sabes, Cristina, que no soy un mozo de granja. Hatford y yo tendríamos que ser los compañeros de armas de Erlend, y yo ya no me acuerdo de las ocupaciones campesinas.

—Lo sé —contestó el ama—. Pero hay una cosa segura, Ulf: no será fácil para mí mandar aquí este invierno, recién llegada al norte de las montañas y desconocida de nuestra gente. Te agradecería que quisieras ayudarme y aconsejarme.

—Me doy cuenta, Cristina, de que no va a ser tarea fácil para ti durante el invierno —contestó el hombre mirándola con una sonrisita... aquella sonrisita rara que no perdía cuando hablaba con ella o con Erlend. Era insolente y sarcástico y, no obstante, poseía a la vez bondad y un cierto respeto hacia ella que se traslucía en toda su actitud. Tampoco creyó que debiera sentirse herida por el hecho de que Ulf se permitiera con ella ciertas familiaridades fuera de lugar. Habían consentido que este servidor fuera el confidente de sus faltas antes de la boda, y ahora Cristina se daba cuenta de que él sabía en qué situación se encontraba. Había, pues, que tolerarlo. Por lo demás, Erlend aceptaba todo lo que Ulf decía o hacía y el escudero no demostraba gran respeto a su señor. Pero eran amigos de la infancia; Ulf era de Moere, hijo de un campesino que vivía al lado de la granja de Baard Peterssoen. Tuteaba a Erlend y también a Cristina, pero hay que decir que aquella era una costumbre muy extendida allí, al norte de los Dofrines.

Ulf Haldorssoen era un hombre muy guapo, alto y bronceado, de bellos ojos, pero con una boca dura y cruel. Cristina había oído hablar mal de él a las sirvientas de la granja; cuando estaba en la ciudad bebía copiosamente, comía con glotonería y daba grandes escándalos en las casas de prostitución; pero en Husaby era un hombre seguro, trabajador y listo. Cristina le tenía en mucha estima.

—No será fácil para ninguna mujer vivir en esta granja... después de todo lo que ha pasado aquí —prosiguió—. Creo, no

obstante, Dama Cristina, que te arreglarás mejor que las otras. Tú no eres mujer para dejarte aplastar, quejarte y sollozar, sino que, al contrario, eres capaz de salvaguardar el patrimonio de tu propia descendencia, ya que nadie más se preocupará de ello. Y sabes muy bien que puedes contar conmigo, que te ayudaré en la medida de mis fuerzas. Recuerda que desconozco el oficio de campesino. Pero si quieres consultarme y seguir mis consejos, el invierno transcurrirá bien.

Cristina le dio las gracias y entró en la casa.

Tenía el corazón oprimido por la inquietud y la angustia, pero intentó liberarse de esa obsesión. No llegaba a comprender a Erlend, que parecía no sospechar nada. Pero lo peor era que no sentía vivir al hijo que llevaba dentro. Al cabo de veinte semanas hubiera debido dar señales de vida, lo sabía... y hacía más de tres semanas que esta fecha había quedado atrás. Durante las noches sentía que el bulto crecía, se hacía más pesado, pero seguía mudo e inerte. Se acordaba de todo lo que había oído contar sobre niños nacidos paralíticos, con raquitismos, sobre fetos salidos a la luz sin miembros, teniendo apenas forma humana. Ante sus ojos cerrados desfilaban imágenes de frágiles criaturas con horribles deformidades; una visión de espanto sucedía a otra. Al sur de su casa, en el valle, en Lidstal, había un niño así —ahora debía de ser ya mayor—. Su padre nunca quiso contar cómo era. Observó que cuando aludía a él se enfadaba. ¿Por qué...? ¡Oh, no san Olav, rogado por mí... Necesitaba una gran fe en la compasión del santo rey; había puesto al niño bajo su protección; sufriría con paciencia sus pecados; se consolaría poniendo toda su esperanza en la ayuda y en la gracia que quería obtener para su hijo. El diablo en persona había debido probarla con aquellas espantosas visiones para empujarla a la desesperación. Las noches, sobre todo, eran terribles. Si un niño no tenía miembros, si tenía que nacer paralítico, era probable que la madre no lo sintiera vivir... Erlend medio dormido, notaba que su mujer estaba inquieta; entonces la abrazaba fuertemente y escondía el rostro en el regazo de Cristina.

Pero durante el día él parecía haberlo olvidado todo. Cristina, todas las mañanas se vestía cuidadosamente para disimular, por algún tiempo aún, a los sirvientes, que su talle se había ensanchado.

Era costumbre en Husaby que los criados, después de la cena, se fueran a los pabellones donde dormían. Erlend y ella se quedaban entonces solos en la sala. En general, las costumbres de la granja seguían siendo las antiguas, como cuando había esclavos de ambos sexos para el trabajo de la casa. En la sala, no había ninguna mesa fija en el suelo, sino que por la mañana y por la noche se ponía el cubierto sobre una gran tabla, colocada sobre caballetes a guisa de mesa, que después se colgaba del muro. Para la comida de las demás personas de la casa se llevaba sus escudillas hasta los bancos donde se sentaban para comer. Cristina sabía que esta era la antigua costumbre. Pero ahora, que era difícil encontrar hombres para servir a la mesa y que había que conformarse con sirvientas para los trabajos del interior, aquel sistema no servía. La madre de Cristina le había contado que en Sundbu, cuando ella tenía ocho inviernos, había una mesa fija en la sala grande y las sirvientas pensaban que aquello representaba una gran ventaja desde todos los puntos de vista; así no tenían que salir fuera, al planchador, para el trabajo de costura: podían quedarse en la sala, cortar y coser, y además, era bonito ver siempre sobre la mesa candelabros o una bonita copa. Cristina se dijo que para el verano pediría a Erlend que mandara poner una mesa a lo largo de la pared del lado norte.

Así estaba en su casa y su padre tenía el puesto de honor en el extremo de la mesa. Pero aquí las camas estaban adosadas a los muros de la antesala. En su casa, su madre se sentaba en el borde del banco exterior para poder ir y venir y vigilar la llegada de los manjares. Pero cuando había invitados Ragnfrid se sentaba al lado de su marido. En la granja el puesto de honor estaba en el centro del muro este y Erlend quería que ella se sentara siempre a su lado. En su casa su padre ofrecía siempre el puesto de honor a los servidores de Dios cuando iban a Joerundgaard, y entonces él y Ragnfrid les servían mientras comían y bebían. Pero de esto

ÍNDICE

CAPÍTULO PRIMERO	
EL FRUTO DEL PECADO	5
CAPÍTULO SEGUNDO	
HUSABY	133
CAPÍTULO TERCERO	
ERLEND NIKLAUSOEN	309



Cristina Lavransdatter ya es una mujer casada y una madre dedicada en cuerpo y alma. Además, decide rescatar las tierras de su marido y hacerlas provechosas. Las dichas llegan a la par de las calamidades, y son vividas con la fortaleza y la fragilidad propias de la condición humana. Los anhelos políticos de su marido amenazan la estabilidad familiar y Cristina tendrá que afrontar las consecuencias de sus decisiones.

Sumérgete en el corazón de la Edad Media con la obra maestra de Sigrid Undset, considerada una de las mejores novelas históricas del siglo XX. *Cristina, hija de Lavrans* cuenta la vida desde la niñez hasta la muerte de uno de los personajes más complejos y vigorosos de la literatura universal. Niña sagaz, joven apasionada, esposa ardorosa, madre impetuosa y creyente devota, su periplo atraviesa todo el siglo XIV, un tiempo en el que la fe, el pecado, la culpa, el honor, las promesas, los odios, las pasiones, las traiciones, las lealtades y el amor conjugaban un mundo cuyas tragedias y alegrías se vivían con la plenitud de quienes se sabían hijos de Dios.

«Undset se haría famosa en su día por la exacta y minuciosa reconstrucción de la Noruega medieval, a la que le dedicó grandes y ambiciosos ciclos novelescos como el de la que está considerada su obra maestra, la trilogía *Cristina, hija de Lavrans*».

Mercedes Monmany
Por las fronteras de Europa



Depósito Legal: M-9485-2025



ISBN: 978-84-1339-232-5

